

Solo de Cristo puede venirnos la verdadera independencia

Vigesimaltercer domingo del Tiempo Ordinario
9 de septiembre de 1979

Isaías 35, 4-7a
Santiago 2, 1-5
Marcos 7, 31-37

Queridos hermanos:

Otra vez las circunstancias nos obligan a celebrar nuestra eucaristía en esta iglesia consagrada al Sagrado Corazón de Jesús. Y esto me llena a mí de mucha esperanza también, porque el Corazón de Jesús es el símbolo del amor infinito de Dios, mostrado en Cristo, hacia los hombres. ¿Y a qué venimos cada domingo a misa? A empaparnos más, como cristianos, del misterio que está a la base de nuestra fe y de nuestra esperanza: el misterio de Cristo. Misterio que no es otra cosa que el amor infinito, el proyecto infinito de Dios para salvar a los hombres y elevarlos y hacerlos, con Él, una sola familia. Peregrinamos entre las vicisitudes de la historia, entre las tentaciones y halagos del mundo y hay el peligro de que nos vayamos quedando instalados en la tierra y olvidemos ese llamamiento amoroso de un Padre que nos espera con los brazos abiertos y que no solo nos espera, sino que nos está dando, para el camino, nada menos que a su propio Hijo, a Jesucristo.

Las circunstancias de este mes también nos impulsan a esta reflexión: el mes de la independencia, que suena como a un sarcasmo en unas horas de tantas esclavitudes. Por eso, se celebra

de diversas maneras hoy en nuestro pueblo. Hay quienes como que planean cosas espectaculares de sangre, de tragedia. Y así hay en el ambiente como una expectativa: ¿qué será septiembre para El Salvador?

Por mi parte, yo creo que septiembre significa, para los cristianos, un reto. El reto de un nombre: la independencia. Pero no para temer represalias, hechos sangrientos, tragedias dolorosas, sino para ponernos del lado de Dios, junto a Cristo: “Señor, tú eres el único que puede dar la libertad verdadera a los hombres”. La independencia de nuestra patria, que se celebra el 15 de este mes, significa el reto de Dios mismo que nos ofrece su fuerza para ser libres. Entonces, la reacción de un buen salvadoreño, cristiano, no debe de ser de temor: “¿Qué va a pasar en septiembre?”. Los hombres no pueden más de lo que Dios puede permitirles, para su bien o para su mal. “No cae de la cabeza un pelo sin el permiso de Dios”, ha dicho Cristo. “No temáis”, decía el Señor. Yo creo que hoy, más que nunca, necesitamos esa tranquilidad, esa seguridad. Más que temer a los hombres, temamos no ser dóciles en las manos de Dios.

Lc 12, 7

El reto está aquí: que solamente unidos con Dios, en Jesucristo, podemos ser artífices verdaderos de nuestra historia. Dios es el maestro de la historia, Cristo es la piedra angular de toda civilización. Solo en él hay consistencia. Entonces, yo les diría: “Hermanos, formemos un propósito, por amor a la patria, de ponernos al lado de Cristo y reflexionar qué quiere Dios de mi vida”. Y ojalá todos, y aun aquellos que, con una sensibilidad evidente de lo social, de lo político, van por caminos extraviados, a decirles lo que Cristo les decía: “Sin mí, nada podéis hacer”. Y unirnos a Cristo. Y solo en Cristo lo podemos todo, como decía San Pablo: “Todo lo puedo en aquel que es mi fortaleza, mi esperanza, mi orientación, el sentido de mi vida”. Sin Cristo, es un absurdo la vida humana, es convertir al hombre en chacal, convertir al hombre en fiera, en demonio. ¡Qué triste es el hombre separado de Cristo, apartado de Dios!

Jn 15, 5c

Flp 4, 13

Pues bien, las lecturas de hoy, precisamente, quisiera que las centráramos en la figura central: Cristo frente a un sordomudo. El sordomudo es la imagen del hombre esclavizado, marginado; no oye, no habla, no se puede comunicar: expresión de una verdadera esclavitud. Y Cristo que, tocándole las orejas y la lengua, lo libera.

Pero hay un complemento en las otras lecturas. Hay una imagen triste de la esclavitud: el desierto. ¡El desierto! Dicen que los beduinos, cuando atraviesan el desierto, oyen allá en la lejanía el zumbido del viento; y fantásticos, como ellos son, dicen: “¿Oyes cómo suena el viento? ¡Es el desierto que se lamenta y llora porque quisiera ser jardín!”. Yo creo que no hay figura más elocuente de la necesidad del hombre que el desierto sediento, inmensidad de arena, estéril; figura de la verdadera necesidad de independencia, de promoción.

Y hay otra figura en la segunda lectura de hoy. Nos ha dicho Santiago —el hombre práctico—: el andrajoso que llega a una ceremonia litúrgica y, al mismo tiempo, otro señor bien vestido y le dicen: “Pase adelante”, y al andrajoso: “Quédate allí, en la puerta, siéntate en el suelo”. Dos figuras de la marginación, de la esclavitud: el andrajoso, marginado, y el servil, más atento al señor que al hermano pobre.

St 2, 3

Estas son las figuras de las lecturas de hoy. Y por eso, yo presentaré la homilía, como de costumbre, con este título: *Solo de Cristo puede venirnos la verdadera independencia*. Y mis tres pensamientos complementarios serían estos: primero, Cristo es Dios en persona que viene a liberar al hombre; segundo, es a todo el hombre al que le interesa salvar; y tercero, la salvación que Cristo nos trae no es destruyendo, sino rehaciendo. Creo que son pensamientos, que se sacan de las lecturas de hoy, tan oportunos para este momento trágico, que se hace cada día más sangriento. Tengamos serenidad y con fe acerquémonos a esta reflexión de la palabra de Dios. Y como complemento de costumbre, veremos cómo se realiza esto en nuestra Iglesia de la arquidiócesis y en nuestro ambiente del país.

Cristo es Dios en persona que viene a liberar al hombre

Cristo es Dios en persona que viene a liberar al hombre. ¡Qué hermosa se oye la profecía del profeta Isaías, frente a los exiliados de Babilonia!: “Sed fuertes, no temáis. Mirad a vuestro Dios que trae el desquite, viene en persona, resarcirá y os salvará”. ¡Viene en persona! Esta era la fe de la maravilla inaudita que los profetas anunciaban. “No va a mandar solo profetas, como somos nosotros —decían aquellos hombres que hablaban en nombre de Dios—, es que Él vendrá en persona. Y lo que os

Is 35, 4

manda a decir, por medio de nosotros, no es más que la preparación de los caminos. Preparar los corazones para que, cuando llegue en persona, pueda encontrar verdadera tierra buena donde su palabra produzca fruto”.

El ambiente en que se pronunciaba esta palabra era el cautiverio de Babilonia. Por los pecados de la tierra prometida, los invasores se habían apoderado de reyes y pueblos y los habían llevado con crueldad. Y allí estaban. Y hay salmos que nos cuentan la tristeza, la nostalgia de vivir lejos de la patria. Aquel precioso salmo de los sauces junto a los ríos de Babilonia —que ha inspirado tantas cosas de música y poesía— es, cabalmente, la nostalgia del hombre que ama su patria, pero que reconoce que, por sus pecados, ha ido al destierro y espera un día el perdón de Dios: “Junto a los ríos de Babilonia, nos sentábamos a llorar. Y cuando nos decían: ‘Cantad un cántico de vuestra tierra’, les respondíamos: ¿Cómo vamos a cantar en tierra extraña? ¡Que se me pegue la lengua al paladar y se me seque la mano si te olvidare, Jerusalén!”.

Sal 137, 3-6

Este amor a la patria hace pensar, precisamente, en lo que hoy Isaías nos ha dicho: “Decid a los cobardes de corazón, y decid a los ciegos que veréis y los oídos del sordo se abrirán”. Es decir, una situación... El hombre, queridos hermanos, vive necesitando de esa presencia de Dios, porque como que es nuestro destino humano, sin Dios, vivir bajo la opresión; la opresión del miedo. Los cobardes de corazón. ¡Cuántos hay en nuestra tierra, ahora, cobardes de corazón, miedosos, temerosos, inseguros! Son signos de la necesidad de liberación. Es el desierto que gime y llora queriendo un mundo mejor.

Is 35, 4a.5

Pero una señal más evidente de la opresión del hombre es la enfermedad. Por eso, siempre habrá enfermos en el mundo: ciegos, sordos, paralíticos. Los hospitales siempre tendrán oficio; y muchas veces porque los hombres, crueles, les dan oficio. ¡Qué triste leer que, en El Salvador, las dos primeras causas de muerte de los salvadoreños: la primera es la diarrea; y la segunda, inmediatamente, es el asesinato! Se muere por homicidio o por consecuencias de lesiones. Así está la estadística. De modo que, inmediatamente después de la señal de la desnutrición —la diarrea—, la señal del crimen —el asesinato—. Son las dos epidemias que están matando a nuestro pueblo.

Este es el ambiente en el cual Isaías habla —y hablaría a los hombres de hoy—: “Cobardes de corazón, enfermos —señales

Is 35, 4

de la opresión—, víctimas de la situación: ¡Ánimo! Vendrá Dios en persona. Mirad a vuestro Dios que viene”. Y, cuando ya está entre nosotros... Este es el paralelismo bello del Evangelio de San Marcos, que se ha leído hoy, con la profecía de Isaías. Isaías anuncia como una presencia de Dios, como una acción de Dios: el florecimiento del desierto, la salud de los enfermos. Así se representaba, por los profetas, las señales de la presencia personal de Dios en el mundo, los bienes mesiánicos. Los profetas no acertaban a distinguir porque veían a una distancia enorme los bienes ya presentes de la redención y los bienes escatológicos. Cuando ya termine la historia y se recoja todo el fruto de Cristo, entonces ya no habrá crímenes, ya no habrá muertos; pero, mientras tanto, ya comienza el bien mesiánico, y ya podemos decir que el desierto está floreciendo y que los enfermos están siendo curados.

Cristo mismo ya dio las evidentes señales cuando Juan Bautista le mandó preguntar: “¿Eres tú el Mesías o hemos de esperar a otro?”. Cristo solo le responde con los signos anunciados: “Díganle a Juan que ya están viendo los ciegos, que ya resucitan los muertos”. ¡Ya hay señales de salud! ¡Dios ha venido! ¡Ya está entre nosotros! Y aunque sigamos viendo que la muerte pasea su bandera y el crimen también se sacia de sangre, ya está vencida la muerte y el pecado. Ya es como una de esas ballenas heridas que tiran hacia el mar, pero van heridas, van a morir. “La última enemiga en ser vencida será la muerte”, dice San Pablo. La muerte ya está herida de muerte y se le van a escapar los muertos de la tumba. No canten victoria los pecadores, porque ellos ya están vencidos. El pecado, Cristo ya lo crucificó en su propia cruz, y el que cree en Cristo ya tiene la victoria.

Lc 7, 20.22

1 Cor 15, 26

Por eso, cobardes de corazón: ya Dios está entre nosotros; enfermos: paciencia que eso pasará; oprimidos: convertid en redención vuestro sufrimiento y vuestro dolor. Esto no quiere decir opio o pasivismo, sino que quiere decir la lucha legítima, pero sin perder la esperanza del Dios que ya está presente, sin apartarse de ese Dios y de esas orientaciones que el Dios de la historia va dando ya.

La presencia misma de Cristo en el Evangelio de hoy... Precisamente, el Evangelio de San Marcos tiene esto de típico: de que él es el que menos enseñanzas de Cristo presenta, porque a él le interesa decir que no es la doctrina de Cristo lo principal,

sino la persona de Cristo, que encarna el reino de Dios presente en la tierra. Es hermoso pensar, pues, que el Evangelio de San Marcos, que se lee en este año —año de tragedias para El Salvador— nos está diciendo que lo que Isaías anunció en su profecía ya es verdad en Cristo. Y todo aquel que cree en Cristo —y en esta basílica del Sagrado Corazón ¡hay tantos motivos para creer en su amor!— ya está redimido, ya no tiene necesidad de la cobardía, del temor. Es tiempo de que los cristianos fortalezcamos nuestro ánimo y no seamos cobardes ni nos dejemos deprimir por las circunstancias, sino, al contrario, apoyar en el Señor —presente ya en la historia— nuestra debilidad, nuestra desorientación. Como ciegos, como sordos, agarrémonos de la mano de Jesús. Él nos va llevando a la victoria. Vendrá la luz de nuestros ojos, vendrá la claridad de nuestra historia propia, salvadoreña. Solo él nos puede dar la verdadera independencia.

St 2, 1

Y en la segunda lectura también se habla de esta presencia cuando Santiago nos dice a los cristianos: “No quieran unir dos extremos irreconciliables: la fe en nuestro Señor Jesucristo glorioso y la acepción de personas”. Es inconcebible que se diga a alguien “cristiano” y no tome, como Cristo, una opción preferencial por los pobres. Es un escándalo que los cristianos de hoy critiquen a la Iglesia porque piensa por los pobres. ¡Eso ya no es cristianismo! El cristianismo verdadero es el Cristo que le dice, por medio de Santiago, al cristiano: “Es irreconciliable. Si tienes fe en el Señor Jesucristo glorioso, trata como a hermanos iguales a ricos y pobres; que no te engañe la apariencia”*.

Es que muchos, queridos hermanos, creen que cuando la Iglesia dice “por los pobres”, ya se está haciendo comunista, ya haciendo política, oportunista. No. ¡Si esta ha sido la doctrina de siempre! La lectura de hoy no fue escrita en 1979, Santiago escribió hace veinte siglos. Lo que pasa es que los cristianos de hoy nos hemos olvidado de las lecturas sagradas, que deben regir la vida de los cristianos. Cuando decimos “por los pobres”, no nos parcializamos hacia una clase social. Fíjense bien, lo que decimos —dice Puebla— es una invitación a toda las clases sociales, sin distinción de ricos y pobres; a todos les decimos: “Tomemos en serio la causa de los pobres como si fuera nuestra propia causa; más aún, como de verdad es: es la causa de Jesucristo, que en el día de juicio final te dirá que solo se salvan los que atendieron al pobre con fe en él: ‘Todo lo que hiciste a uno

Mt 25, 40

de esos pobrecitos marginados, ciegos, cojos, sordos, mudos, a mí me lo hiciste”¹. Y él nos está dando el ejemplo, pues. Que su presencia, que todavía vive, gracias a Dios y a una Iglesia que trata de renovarse a pesar de la persecución y de la incomprensión, seguirá haciendo la misma política de Dios. Esta sí es la política verdadera: la que trata a los hombres no como hombres de primera clase y de segunda clase, sino la que dice: “No puede haber acepción de personas en aquel que cree en el glorioso Señor Jesucristo, encarnado en la miseria de los hombres”.

St 2, 1

Es a todo el hombre al que le interesa salvar

Mi segundo pensamiento es, por esto: “A todo el hombre es al que interesa salvar”. Es una palabra de los últimos documentos de la Iglesia, sobre todo en el Concilio, en la encíclica *Populorum progressio* de Pablo VI, donde dice: “Es todo el hombre el que hay que salvar; alma y cuerpo, corazón y espíritu, trascendencia y temporal”.

GS 3
PP 14

El hombre... Lamentablemente, queridos hermanos, somos el producto de una educación espiritualista, individualista, donde se nos enseñaba: “Procura salvar tu alma y no te importe lo demás”. Y como que decíamos al que sufría: “Paciencia, que ya vendrá el cielo, aguanta”. No puede ser eso. Eso no es salvar. No es la salvación que Cristo trajo. La salvación que Cristo trae es la salvación de todas las esclavitudes que oprimen al hombre. Y ya decíamos, pues, en las lecturas de hoy, cuáles son esas esclavitudes, figuradas en el desierto, en la aceptación de personas, en los criterios del mundo para relacionarnos con los hombres. ¡Son esclavitudes!

Es necesario, pues, que el hombre que vive bajo el signo de tantas opresiones y esclavitudes: el miedo, que esclaviza los corazones; la enfermedad, que oprime los cuerpos; la tristeza; la preocupación; el terror, que oprime nuestra libertad y nuestra vida, ¡es necesario romper todas esas cadenas! ¡Por ahí hay que comenzar!*. ¿No les parece una esclavitud que verdaderamente humilla ser servil? Y con tal de quedar bien con los poderosos, humillar a los humildes*.

¹ Cfr. *Mensaje a los pueblos de América Latina*, 3.

Is 35, 4.6-7a

Fíjense cómo se anuncia, en la primera lectura, la liberación que Dios trae: “Dios vendrá en persona, Él trae el desquite, Él resarcirá, Él dará salud a los cuerpos, Él hará florecer el desierto”. ¡Qué frases más magistrales para pensar lo que es la verdadera liberación que Dios quiere!

El desquite no es una venganza de egoísmo, es el poner las cosas en su puesto, es el decirles: “Todos son hermanos, ya no hay por qué unos humillen a otros”. El desquite de Dios será su amor, que lo sepan comprender todos los hombres. Él resarcirá, como cuando se ha ofendido a alguien y viene alguien a resarcir, a reparar, a pedir perdón. Viene Cristo, precisamente, a eso: a pedir perdón al Padre porque los hombres lo han ofendido con tanta acepción de personas, porque lo han ofendido con tantos temores y opresiones, que no son fe en Dios. Y cuando Cristo muere en la cruz está resarciendo y está trayendo el desquite. Estos son los desquites, estas son las reivindicaciones que Dios quiere: las que se apoyan en el desencadenamiento de nuestro corazón del propio pecado. Ahí está la causa. Y todo aquel que grita y habla y hace obras de liberación, pero oprimiendo, matando, haciendo el mal, no ha comprendido que la verdadera violencia que salva es la que se hace uno a sí mismo: resarcir a Dios por mis pecados y desde mi propio corazón*.

Lc 10, 31

Mc 7, 33

Mc 4, 39

Este hombre total tiene una dimensión trascendente y una dimensión histórica. Por eso, en el gesto de Cristo yo quisiera ver estas dimensiones. En primer lugar, Cristo se preocupa de un sordomudo. Cristo, si fuera de verdad la espiritualidad individualista o egoísta, hubiera pasado, como el sacerdote de la parábola, sin hacerle caso al pobre sordomudo; sin embargo, se detiene frente a él y, con la paciencia de quien administra un sacramento, hace estos gestos sacramentales: le pone sus dedos en las orejas y con saliva le toca la lengua. ¡Miren qué potencia la del cuerpo de Cristo! Cristo es Dios en persona, encarnado en un cuerpo de hombre, y todo lo que Cristo toca tiene potencia de Dios. Si los dedos de Cristo —dedos de hombre como los míos!, pero dentro de él iba lo que no va en mí: la persona divina del Hijo de Dios— tocan la enfermedad y sana, podía haber hecho florecer el desierto materialmente, como calmó las aguas y las tempestades. Hay potencia en Dios. Por eso, él, a aquel sordomudo, al que tal vez no le podía hablar porque no le oía —era sordo— con un gesto se lo

dice todo: “Tocándole las orejas y la lengua, y levantando los ojos al cielo y dando un suspiro”. Estos son los gestos que hablan aun al mudo necesitado de lengua y al sordo necesitado de oído: las señas, las señales de la liberación. Le estaba diciendo: “Tú tienes un destino trascendente —el cielo—. Yo mismo he venido de allá”. ¡Qué dulce debió ser aquella mirada de Cristo hacia el Padre! La intimidad con Dios. Estos son los verdaderos liberadores: hombres que no olvidan que solo en Dios está el destino de la liberación del hombre; hombres que saben orar y que saben elevar, hasta a los que no entienden, al sentimiento de Dios. Esta es la dimensión de toda redención. ¿De qué le hubiera servido al pobre sordito y mudo que Dios le hubiera dado una lengua expedita y unos oídos bien claros, si después no los usa para Dios y se condena? ¿De qué sirve la belleza del mundo? ¿De qué sirve el dinero en la tierra? ¿De qué sirve tener mucho si no se es más? Y esta es la promoción que Cristo quiere del hombre en su dimensión trascendente.

Mc 7, 33-34

Pero esto no quiere decir que el hombre solamente sea trascendencia, sino que lo que hoy necesita más nuestra liberación es la dimensión histórica. Quiero anticiparles —ya espero que esta semana les pueda entregar mi carta pastoral—; pero, al hablar de los servicios que la Iglesia presta en El Salvador para la situación crítica del país, entre ocho cosas que ofrecemos, ofrezco esto: “Promover la libertad integral del hombre”², a partir de un concepto del hombre, un concepto integral, que el Papa en Puebla calificaba así: “El hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en cumplimiento de su misión. El hombre es el camino primero y fundamental de la Iglesia”.

RH 14

Se trata de este hombre concreto, histórico, tal como hoy vive. Y, por eso, los padres, en Puebla, tratamos de ver el hombre latinoamericano; y de allí yo deduzco al hombre salvadoreño, a nosotros, al que yo visitaba en estas visitas a los tugurios, que vive allí en la miseria, en la pobreza, en el hambre. A este hombre es al que tenemos que anunciar: “Cierto que oro y plata no tenemos, como Iglesia; pero te queremos dar lo que tenemos: en el nombre de Jesús de Nazaret, levántate y camina, promuévete”.

Hch 3, 6

² En el texto original dice: “Promover la *liberación* integral del hombre”. Cfr. *Misión de la Iglesia en medio de la crisis del país* (6 de agosto de 1979), 30.

Y no queremos hombres masa, no queremos hombres que los manipulen; queremos hombres verdaderas imágenes de Dios que, aunque vivan en el tugurio, en el monte, sean respetados. Son iguales que el señor que vive en la capital*.

P 327

“Este ideal —digo en la carta pastoral— recoge todas las dimensiones de la realidad del hombre, sin excluir ninguna, ni reducir la fe a la mera promoción de lo social y de lo político. Sin embargo, debemos hoy recalcar la dimensión social e histórica de esta liberación tal como lo pide Puebla, que dice: ‘El Evangelio nos debe enseñar que, ante las realidades que vivimos, no se puede hoy en América Latina amar de verdad al hombre y por lo tanto a Dios, sin comprometerse a nivel personal y, muchas veces, incluso a nivel de estructuras, con el servicio y la promoción de los grupos humanos y de los estratos sociales más desposeídos y humillados, con todas las consecuencias que se sigan en el plano de estas realidades temporales’”³.

Por tanto, pues, la dimensión del hombre es trascendente, pero también histórica, temporal, concreta. Es ese hombre llamado a la salvación eterna, pero que hoy se está muriendo de hambre o no tiene el salario debido. Es ese hombre que tiene una vocación para el cielo, pero también Dios lo ha creado para ser feliz en la tierra. Es el hombre que será hermano en la eternidad con toda la humanidad, pero ya tiene que aprender a ser hermano en la tierra, no para odiarse ni para matarse uno contra otro*.

St 2, 4-5

Y cuando Cristo, a través de Santiago, dice por qué no hay que despreciar al pobre por preferir al rico, hace una pregunta que podía ser un examen de conciencia para cada uno de nosotros: “Si hacéis eso, ¿no sois inconsecuentes y juzgáis con criterios malos? Queridos hermanos, escuchad: ¿acaso no ha elegido Dios a los pobres del mundo para hacerlos ricos en la fe y herederos del cielo que prometió a los que le aman?”. No basta ser pobre. Pobre, pero amando a Dios; pobre, en gracia de Dios. Y es que la redención⁴ —dice la Iglesia y la revelación divina—

³ *Misión de la Iglesia en medio de la crisis del país* (6 de agosto de 1979), 55.

⁴ Así se escucha en la reproducción magnetofónica de la homilía; sin embargo, por el contexto, pensamos que monseñor Romero quiso decir: “Los *pobres* tienen como cierta capacidad mayor que otras clases sociales para percibir el mensaje y la redención de Jesucristo”.

tiene como cierta capacidad mayor que otras clases sociales para percibir el mensaje y la redención de Jesucristo.

Por eso, la dimensión de la tierra no la podemos olvidar. Pero, también, es a partir de su conversión, porque dice: “Los eligió para hacerlos ricos en la fe”. Este el verdadero pobre: “rico en la fe”; y que, por su amor a Dios, ya disfruta un destino eterno, que Dios lo mira ya en su preferencia aquí, en la tierra. Queridos pobres, la mayoría de los que estamos haciendo esta meditación —porque yo quiero contarme también entre los pobres, porque sé que solo en ese camino y en ese ambiente nos podemos encontrar de verdad, con sinceridad y autenticidad— tratemos de ser dignos de esa preferencia de Dios. Seamos pobres dignos de que Dios nos haga “ricos en la fe” y ricos en el amor al Señor. Esta es nuestra riqueza. No ambicionemos otra, mientras no sea para nuestro desarrollo, también, en la dimensión histórica. Porque yo no quiero ser, como alguien ha dicho, en el Bloque Popular Revolucionario, que yo soy opio. ¡Nunca! Estoy diciendo que, precisamente, estas promociones a la trascendencia son para excitar más la promoción de lo histórico, de lo social, de lo económico, de lo político. Y estoy diciendo que Dios no solo ha hecho el cielo después de la muerte para el hombre, sino que ha hecho esta tierra también para todos los hombres. ¡Esto no es opio!*

St 2, 5

Y hay un detalle que yo quisiera que lo profundizáramos, no tanto en el tiempo, sino en la intensidad de nuestra reflexión. Cuando Cristo quiere tratar la promoción de este sordomudo, nos dice el Evangelio: “Llevándolo aparte”. ¡Qué gesto más significativo para nuestra hora! San Marcos, fiel a su ideal teológico, nos presenta un Cristo que lleva el misterio del reino de Dios, pero que el pueblo no se lo puede comprender. Y por eso, él trata de ocultar muchas cosas que él pudiera hacer lucir. ¡Las oculta! A aquellos que son sus íntimos —los apóstoles— les reprocha, muchas veces, no hacer lo posible de comprender esta intimidad. Pero ante el pueblo, él es, más bien, reservado, porque a su hora Dios dirá la palabra que necesita el pueblo para presentar al Hijo de Dios.

Mc 7, 33a

Pero aparte de este sentido teológico del reino de Dios oculto como un misterio en Cristo —y por eso aparta al sordomudo—, yo quisiera ver ese otro gesto: la muchedumbre, el ruido del mundo, los gritos de los parlantes, la música estentórea;

todo eso aturde, ¡aturde! Solo hay una cosa donde el hombre se encuentra con Dios y donde Cristo pudo hacer los gestos de trascendencia y de amor al pobre mudo: la soledad, la interioridad, que decíamos el domingo pasado. Hermanos, hoy hay mucho ruido: tomas de iglesias —y con el ruido de los parlantes todo el día, que ya cansan al vecindario—, manifestaciones, tiroteos, gritos. Todo eso no salva. Si eso no lleva un trasfondo de interioridad, de reflexión, de planificación, es demás; nos están arruinando más.

CS 15 Dice el Concilio: “Lo que hoy hace falta al mundo no son solo técnicos de las artes, de las ciencias, de las cosas exactas; hacen falta, sobre todo, los técnicos en humanidad”. Lo que hoy hace falta a la civilización es la sabiduría, la reflexión. Y por eso, yo voy pidiendo como un mendigo a todas partes: “¡Recen!, ¡irecen mucho por la Iglesia!, ¡ireflexionen!”. Y si es cierto que aquí yo estoy usando también parlantes, pues es necesario para la comunicación; pero las cosas son para lo que deben ser. Si un parlante es para transmitir un mensaje de reflexión, de serenidad, de paz, también de justicia, y una denuncia también, valiente, ¡bien usados los parlantes! Pero usados únicamente por demagogia, no hace el bien*. Grábense bien esta frase de Pío XI —un Papa de frases cortas y bien cinceladas—, que bien podían ser el comentario de este gesto de Cristo: “Llevándolo aparte, lo curó”. Decía el Papa: “El bien no hace ruido y el ruido no hace bien”.

Mc 7,33a

La salvación que Cristo nos trae no es destruyendo, sino rehaciendo

Por último, queridos hermanos, mi tercer pensamiento hoy es: “La salvación que Cristo trae en persona a los hombres no es una salvación que destruye, sino una salvación que rehace”. Rehacer: “hacer de nuevo”. Cuando el profeta Isaías, que se ha leído hoy, anuncia el carácter del Mesías en la figura misteriosa del Siervo de Yahvé, dice esta frase que muchos no la comprenden: “Él no quiebra la caña cascada, él no apaga la mecha que todavía humea”. Frases lindas para decir: Cristo no es el hombre iracundo que ya, porque se le quebró una caña, la acaba de quebrar y la tira por allá; sino que, con la mansedumbre de un médico, la endereza, la remienda y ya tiene otra vez la caña buena. No apaga el fuego porque ya solo quedó una brasita entre cenizas;

Is 42, 3

con paciencia, aparta la ceniza, comienza a soplar, le pone una tuza, un poquito de ocote, de leña y comienza a hacer el fuego otra vez. Esta es la comparación de Cristo. Es el hombre que rehace.

¿Qué otra cosa es Cristo entre sordos, mudos, leprosos, pecadores? Los hipócritas lo reprochaban: “Miren, su maestro come con los pecadores y está prohibido en la ley”. “¡Hipócritas! —les dice Cristo—; no son los sanos los que necesitan el médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, esos ya están camino del cielo, he venido a llamar a los pecadores”. Es hermoso en estos días, en que en El Salvador nos estamos tirando los platos unos contra otros, como si el otro tuviera la culpa y “yo no, yo soy víctima”; mirar para dentro mejor y mirar en qué yo estoy necesitado de Cristo. Porque el que cree que no necesita de Cristo, ni del Papa, ni del obispo, ni de la Iglesia es un orgulloso. Es de aquellos que dice la Virgen en el cántico del Magnificat: “Desecha a los orgullosos de corazón y recibe con cariño a los humildes”. Cristo es el hombre que rehace la historia de su propio pueblo. Se diría que los desechos humanos, el resto de Israel, la pita que ya va a reventar por lo más débil, Cristo la coge a tiempo y la une, y de allí sale la salvación para todo el mundo.

Mc 2, 16-17

Lc 1, 51-52

¿Qué otra cosa es la encarnación? “Dios —dice San Pablo— no tuvo reparo en dejar su dignidad de Dios para hacerse uno de nosotros; más aún, esclavo, hasta morir en una cruz, como morirían los esclavos”. Los ciudadanos romanos nunca daban una sentencia de crucifixión contra un paisano. Era indigno del ciudadano libre de Roma morir crucificado. Morir crucificado era sentencia de muerte de esclavos, de bandidos, de gente indigna, de desechos de la sociedad. Esta es la muerte que Cristo aceptó, la de un bandido. Por eso, los primeros cristianos tenían tanta dificultad en presentar el crucifijo, porque decían: “Si ese hombre murió así, no es digno de que se le adore”. Así destruyó Cristo su propia dignidad, precisamente, para acercarse a lo más profundo, donde había caído la dignidad del hombre, y levantarla. “Y por eso —dice la misma frase, el mismo texto— Dios lo exaltó y le dio un nombre sobre todo nombre, de modo que a su nombre se dobla toda rodilla en el cielo, en los abismos, en la tierra”. Esta es nuestra esperanza: el Cristo que se encarna y que se hace uno con nosotros. Nosotros debíamos de asumir,

Flp 2, 6-8

Flp 2, 9-10

queridos hermanos, también la humanidad tal como está. ¡Dichoso el salvadoreño que en esta hora no se avergüenza de su propia patria, pero la asume, no para hacerla peor, sino para rehacerla! ¡Dichoso el salvadoreño que en este día, en este mes de la independencia, reconoce: “No todo es gloria en mi patria”! El himno que cantamos suena muchas veces a un sarcasmo horrible; sin embargo, yo quiero que ese himno sea cantado un día por el futuro, al que yo debo de contribuir con una promoción del hombre en todas sus dimensiones.

GS2 Jesús resucita y su resurrección es el hombre que da la vida eterna. Desde el día en que Cristo sale glorioso de su tumba, ha comenzado la nueva historia de la humanidad. Y los pueblos pueden sentir su redención en la medida en que crean en esa vida eterna resucitada en Cristo. “Ya —dice el Concilio—, la transformación del mundo ya comenzó en Cristo resucitado”. Y la Iglesia tiene ese empeño, de seguir predicando, domingo a domingo y en cada misa: “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!”*.

En resumen, mi pensamiento ha sido este: Dios viene en persona a salvarnos. Es Cristo entre las necesidades del mundo.

Segundo, la promoción que Cristo quiere hacer del hombre es todo el hombre en su dimensión trascendente, en su dimensión histórica, en su dimensión espiritual, en su dimensión corporal. Es todo el hombre al que hay que salvar. El hombre en sus relaciones sociales, el hombre que no considere a unos más hombres que a otros, sino a todos hermanos y con preferencia a los más débiles y más necesitados. Este es el hombre integral que la Iglesia quiere salvar. ¡Difícil misión! La catalogarán muchas veces entre subversivos y comunistas y revolucionarios, pero la Iglesia sabe cuál es su revolución: la del amor de Jesucristo*.

Y porque la revolución de la Iglesia es la misma de Cristo, el tercer pensamiento ha sido esto: no quiere deshacer, no quiere destruir, sino rehacer, y de la propia debilidad y miseria humana. Por eso llama a conversión, porque el que hoy es un criminal, mañana puede ser un apóstol. ¡Cómo rehizo Cristo a Pablo, el perseguidor! Una autoridad eclesiástica drástica hubiera lanzado excomunión contra ese Saulo. Pero Cristo, que no apaga la mecha que aún humea, lo manda a un director espiritual, lo bautizan, lo mandan al desierto a reflexionar y viene hecho otro: el apóstol que puede decir: “No soy digno de llamarme apóstol

porque perseguí a la Iglesia. Pero la gracia de Cristo no fue vana en mí”. ¡Cómo quisiera yo, hermanos, que un día, todos los que hoy van sembrando el terror, como Saulo por Jerusalén y la Tierra Santa, se convirtieran después de una reflexión profunda! ¡Cómo quisiera yo que, en vez, los que han sido mandados a matar gente o los que mandan a matar, antes de dar esa orden o de ejecutar esa orden por dinero, reflexionaran un poquito: “¿Qué voy a hacer?”; creo que muchos se detendrían! Si la locura de la violencia...*.

Vida de la Iglesia

Por eso, yo trataré de aplicar ahora, en nuestra propia historia, estos rasgos de la palabra de Dios. Les invitaría a que miráramos la misión de Cristo hoy en su Iglesia; y que miráramos el desierto del mundo ensangrentado, doloroso, corazones cobardes. Todo eso que nos ha dicho la necesidad de liberación. La Iglesia le puede dar liberación a ese mundo porque de ese mundo surgen, como el rumor del desierto, voces muy buenas. No son manifestaciones cristianas, pero yo leo en los periódicos ciertas expresiones de reclamo, de petición; es el desierto que gime y hay que atender esas voces. La Iglesia, que ve en esos brotes del Espíritu Santo, que también habla en el mundo profano; ella, que lleva la fuerza del Espíritu —encontrarse con esos corazones nobles del mundo—, podría realizar el milagro de hacer florecer nuestro desierto.

¿Cuál es la Iglesia? Y tratemos de que esta Iglesia que ahora les voy a describir —nuestra arquidiócesis— y la Iglesia universal; que no se confunde con el pueblo en general, de El Salvador, sino con la selección que Cristo ha escogido por el bautismo y forma la Iglesia. Jamás confundan, queridos hermanos, la Iglesia, pueblo de Dios, con el pueblo salvadoreño, la patria. Son cosas distintas, aunque un mismo hombre puede ser salvadoreño y miembro del pueblo de Dios, pero son dos aspectos de su personalidad. Como Iglesia, tiene que ser el hombre que cree, que espera, que pone toda su confianza en Cristo nuestro Señor, y hace una Iglesia cada vez más comprensiva y servidora del mundo, sin traicionar su propia identidad; no vende, por ventajas de la tierra, sus ideologías cristianas, su fe y su trascendencia. Esta es la Iglesia concreta de la cual yo doy estas noticias.

Una reunión del clero esta semana, en que, precisamente, los sacerdotes de toda la diócesis estudian la manera de hacer comunidades eclesiales de base. Secunden a los queridos sacerdotes, queridos hermanos laicos, incorporándose a esos pequeños grupos de reflexión. No es nada malo lo que estamos haciendo. Es la reflexión de la palabra de Dios y lo que esa palabra exige al hombre en su compromiso histórico, también, en la tierra.

Esta Iglesia también lamenta la enfermedad de estos sacerdotes: el padre Cristóbal Cortés, que todavía reside en esta basílica, sufre una operación; ya está en camino de reparación. El padre Antonio Vides, párroco de Fátima, en la colonia La Rábida, también ha estado muy enfermo durante varios días; pidamos por su salud. El padre Raúl Flores, también, que tuvo un pequeño derrame cerebral, pero ya también se recupera, gracias a Dios. Y monseñor Óscar René Campos, que aunque no pertenece a nuestra diócesis pero es muy amigo de la diócesis, también está en fase de recuperación.

Entre los sacerdotes, quiero mencionar un sacerdote calumniado esta semana: el padre Bernardo Fernández Trejo, joven párroco de la parroquia del Corazón de María, difamado por un falso católico que lo llama “lobo con piel de oveja”⁵. Yo quiero expresar no una respuesta a ese artículo insolente, sino una solidaridad de cariño y de pastor, de sinceridad y honradez, con la persona del padre Fernández Trejo y con su congregación claretiana. Quiero aprovechar esta oportunidad para decir, a todos los que me escuchan, que el arzobispo está muy contento de que la congregación claretiana —y hoy, en especial, el padre Bernardo Fernández Trejo— tengan la responsabilidad de esa parroquia, que la están llevando muy bien*. A este propósito, repudiando la calumnia, han llegado muchos testimonios de solidaridad. Pero, especialmente, quiero referirme a la del Consejo de Coordinadores de la Adoración Nocturna del Santísimo Sacramento de El Salvador, que tiene su sede en aquella iglesia, y que trata continuamente con el padre y que está muy lejos de creer que es un “lobo con piel de oveja”. Así, como ellos también

⁵ Cfr. “Ojo, un lobo con piel de oveja en la iglesia Corazón de María”, del licenciado Alejandro Dagoberto Marroquín, *El Diario de Hoy*, 5 de septiembre de 1979.

saben que ser católico no quiere decir creer en “vírgenes y ángeles”⁶, ser católico quiere decir ser más respetuoso con los sacerdotes y saber adaptar aquellas orientaciones que los pastores dan en su parroquia. Lo que pasó es que el padre llamó la atención — como lo explican los adoradores— porque, cuando él salió a celebrar la misa, allá, en la puerta de la iglesia, estaban como en una recepción social, más atendiendo a las amistades del mundo que el culto de Dios. Y esto es lo que él llamó la atención y molestó. Y así tenemos que, muchas veces, la Iglesia por el celo de Dios, naturalmente, recibe el reproche de los hombres cuando no aman el celo de Dios. Quiero agradecer, pues, estos gestos de solidaridad que han llegado de diversos sectores de aquella parroquia.

A las religiosas también quiero referirme, porque la vida religiosa entre nosotros, queridos hermanos, es una señal de presencia de la Iglesia que hemos de estimar mucho y nos alegran sus éxitos, como la fiesta de profesión y fiestas patronales que van a celebrar hoy las hermanas pasionistas. Las carmelitas de Santa Teresa también llevan hoy seis postulantes al noviciado. Las franciscanas van a tener este mes una promoción de bachilleres, todas religiosas. Las betlemitas también llevan a su noviciado, mejor dicho, a la profesión, nuevas novicias. Y no sé cuantos detalles más, pero me alegro de que, en nuestra comunidad de la arquidiócesis, la vida religiosa de mujeres esté tan floreciente. Y ojalá, las jóvenes, las familias atiendan un poco, en el silencio de sus meditaciones, si sus vidas pudieran acuerpar esta presencia de Cristo a través de la vida religiosa y consagrada.

En las comunidades, también cosas muy bonitas, como el domingo pasado en Ateos y Tepecoyo, donde el padre Manuel Loarca y las hermanas de la Caridad prepararon una confirmación de jóvenes, todos conscientes de que la venida del Espíritu Santo supone un nuevo compromiso cristiano.

Las hermanas de la Asunción, que cuidan la zona de La Chacra, me llevaron también a ver la situación difícil de aquella gente, sobre todo en los días del temporal. Muchas casitas arrimadas al barranco perciben, naturalmente, la humedad del temporal, lo que atenta, pues, contra la salud, sobre todo, de los niños.

⁶ *Cfr. Ibid.*

En Aguilares, una comunidad donde el martirio está haciendo también sus selecciones dolorosas, pero gloriosas, allá nos mataron al catequista Jesús Jiménez, del cual pueden leer en *Orientación* un precioso testimonio⁷. Yo iré a unirme con aquella gente en este homenaje que con verdadera justicia le debe tributar la Iglesia, a quien se entregó aun sabiendo que corría el peligro que le llegó.

En San Francisco, Mejicanos, hoy a las 7:00 de la noche se le entregará la parroquia, que dejó, al ser asesinado, el padre Rafael Palacios, al padre Juan Macho Merino, que, representando a la congregación de padres pasionistas, va a tener allá un grupo de jóvenes teólogos, vocaciones también para su congregación; y nos atenderá la parroquia, colaborando en aquella vicaría.

Quiero también felicitar a Cursillos de Cristiandad. Tuve una reunión con su secretariado diocesano y he notado mucha madurez cristiana en los que han perseverado llevando ese método de maduración cristiana, cuando no se aferra a métodos, sino que vive el espíritu que vivifica y sabe solidarizarse con el pastor, que es el responsable de la pastoral de la diócesis. Quiero a este propósito decir, hermanos, que en esto se conoce un auténtico católico: en que está con su obispo; si no está con su obispo, no puede decirse buen católico*. Esto no quiere decir que el obispo va a tener un despotismo para decir: “Hagan lo que yo digo”; porque, precisamente, el servicio que el obispo da está en función del pueblo. Y, precisamente, en esta reunión que yo menciono, de Cursillos de Cristiandad, hicimos una reflexión tan profunda que yo creo que el obispo siempre tiene mucho que aprender de su pueblo y, precisamente, en los carismas que el Espíritu da al pueblo, el obispo encuentra la piedra de toque de su humildad y de su autenticidad. Yo quiero, pues, agradecer a todos aquellos que, cuando no estén de acuerdo con el obispo, tengan la valentía de dialogar con él y de convencerlo de su error o de convencerse de su error*.

Las enfermeras del Seguro Social tuvieron un gesto muy bonito al mandar a celebrar una misa de agradecimiento por la solución pacífica de su conflicto laboral. Y yo, al darle gracias a Dios, les decía a ellas: “Ojalá un día no sea solo el grupo de en-

⁷ Cfr. “Jesús Jiménez, apóstol y mártir de la evangelización rural de las comunidades de Aguilares”, *Orientación*, 9 de septiembre, 1979.

fermeras en esta capilla, sino toda la patria de El Salvador, dándole gracias a Dios porque ha encontrado caminos de racionalidad, porque ha encontrado el diálogo verdadero y la comprensión de las dos partes en conflicto. ¡Qué hermosas son las soluciones cuando las dirige la razón, que es el distintivo del hombre, no la fuerza bruta, que es el distintivo de los animales!*

Este fin de semana, en los cantones Los Martínez y Jardín de la parroquia de Tejutla, se han reunido los cristianos en sus ermitas a celebrar unas jornadas de oración y ayuno por la paz del país y por la unidad de la Iglesia. Estos son gestos que me llenan de mucha satisfacción, porque la oración y el ayuno, la reflexión en la palabra de Dios son las fuerzas de nuestra Iglesia.

Quiero agradecer también, a esta Iglesia, la solidaridad que le manifestó la CUTS cuando dice: “[...] muy en especial buscar la solidaridad que los obreros debemos impulsar en favor de la Iglesia católica, que tan tenazmente ha sido perseguida en los últimos años, incluyendo asesinatos de sacerdotes, exilios de sacerdotes y una campaña publicitaria en contra de las posiciones —a nuestro juicio justas— que ha manifestado la Iglesia católica de El Salvador”⁸. Y muy particularmente se refiere aquí, pues, a algo personal, que yo les agradezco muy profundamente.

También agradezco aquí una carta que llegó por un conductor muy honroso para nosotros. La señorita Teresa Drumon junto con un reverendo pastor metodista me trajeron una carta del doctor Jorge Lara Braud. Ustedes recordarán, fue aquel pastor que participó conmigo en la homilía cuando celebrábamos el funeral del padre Octavio frente a catedral. Sus palabras todavía vibran en nuestro corazón y se ve que la simpatía, pues, nos ha unido en el amor en Cristo; y envía una carta, en la cual mandan un sentido profundo de solidaridad no solo para mi persona, sino para todos ustedes que forman esta comunidad que a él lo dejó verdaderamente prendado, dice*.

También, esta Iglesia de la arquidiócesis necesita de todos. Todos hacemos la Iglesia, y una de las ayudas que yo quisiera sugerirles como más urgente es que nos ayuden a la difusión del

⁸ Boletín de la *Agencia Periodística Independiente*. Cfr. *Manuscritos de los esquemas de las homilias de monseñor Óscar A. Romero*, Oficina de la causa de canonización de monseñor Óscar A. Romero, Arzobispado de San Salvador.

periódico *Orientación*. Nunca había tenido un tiraje tan alto como en nuestro tiempo, pero todavía falta mucho para llegar a todas partes; de modo que los cristianos —campesinos o de la ciudad— que quieran ayudarnos aun corriendo el riesgo, que se presenten a la administración cualquier día de la semana y se comprometan a ayudarnos a difundir la palabra de Dios. Naturalmente, que si es verdadera palabra de Dios, lleva algo explosivo y no muchos la quieren llevar. Si fuera una dinamita muerta, pues, ya nadie le tendría miedo. Por eso, pues, la redacción, el cuidado de hacer una *Orientación* que de veras oriente, pero en el verdadero sentido de la vida de la Iglesia. Una Iglesia que, por sus medios de comunicación, quiere promover la dimensión histórica tiene que encontrar choques en la historia. No basta la dimensión trascendente, que eso es muy bonito escribir, de lo trascendente. Lo histórico y lo trascendente en equilibrio, eso es lo que tratamos de hacer de nuestros medios de comunicación social.

Por eso, también, me valgo de esta oportunidad para decirles que en *YSAX* hay un nuevo esfuerzo por mejorar. Y una de las cosas que quizás, un poquito egoísta, les quiero recomendar es el nuevo programa de mis homilias en trozos, que reproduce un pequeño pasaje de la homilía del domingo, a las 6:30 de la mañana, a las 11:00 de la mañana y a las 5:00 de la tarde. Es un cuarto de hora, y no por ser mío, sino porque yo trato de hacer de la homilía del domingo —gracias a la paciencia, la bondad de ustedes que me escuchan y difunden esta palabra, y a los que, a través de la radio, también les puede servir de algo—, yo trato de hacer de mi homilía, pues, el momento fuerte de la evangelización de nuestra arquidiócesis. Y, por eso, le agradezco a *YSAX* el prolongar, como ecos, en la semana, este magisterio desde la cátedra de la misa de la arquidiócesis. Porque yo celebro mi misa unido con toda la arquidiócesis. Yo siento presentes aquí a todos los párrocos, comunidades religiosas, comunidades de fieles. Y cuando sé que me escuchan allá, por Arcatao, por Chalatenango, por Cuscatlán, siento que no estoy fuera de puesto porque yo estoy presente allí, también, en espíritu y con cariño*.

Quiero felicitar —ya saliéndome del nivel de nuestra diócesis misma— a monseñor Barrera, obispo de Santa Ana, porque ha promovido en estos días de la patria una campaña de oración y de verdadero amor a la patria. En el periódico salieron sus

declaraciones⁹ y yo suplicaría, a quienes quieran hacer bien a la patria, secundar estas orientaciones de mi querido hermano en el episcopado: oración y amor verdadero a nuestra patria.

El Papa nos invita a orar por el fin de la guerra. Y dice que esta será su intención en su próximo viaje a las Naciones Unidas, que va a hacer ese viaje como una continuación del que Pablo VI realizó el 4 de octubre de 1969¹⁰. El Papa se lamenta de que la historia de nuestro siglo es la historia de la guerra. Y él vivió —como yo también viví en Europa— los tristes años de la Segunda Guerra Mundial¹¹.

También el Papa se refiere a los damnificados de la República Dominicana, pidiendo que ayudemos moral o económicamente¹². El desastre del ciclón *David* costó mil muertos, tres mil heridos, cuatrocientos desaparecidos —también los ciclones “desaparecen”—, ciento cincuenta mil refugiados y una pérdida de mil quinientos millones de dólares. ¿Cómo se va a rehacer esta pobre nación? Esperamos, pues, que la creatividad de aquella gente del Caribe sabrá arrancar a su tierra fértil lo que le arrasó el huracán.

Hechos de la semana

El huracán también tuvo entre nosotros consecuencias muy trágicas. En nuestra patria, el temporal nos dejó: en la colonia marginal Renson-Irca, murieron siete personas que eran miembros de una misma familia, la familia Vázquez; en el barrio Lourdes, al final del pasaje Arriaza, también murió soterrado Nelson Armando Rojas; en el barrio de El Calvario, en San Pedro Masahuat, murieron otras tres personas al caerles una pared de bahareque. Más de setecientas cincuenta familias, residentes en los poblados y case-ríos de la bocana del río Paz, en Ahuachapán, resultaron damnificados al desbordarse el río; sus cultivos fueron arrasados.

⁹ Cfr. *El Diario de Hoy*, 6 de septiembre de 1979.

¹⁰ La visita de Pablo VI a la Asamblea General de las Naciones Unidas fue el 4 de octubre de 1965.

¹¹ Cfr. “Un grito por la paz”, Alocución dominical de Juan Pablo II (2 de septiembre de 1979), *L'Osservatore Romano*, 9 de septiembre de 1979.

¹² Cfr. Mensaje de Juan Pablo II en la audiencia general del 5 de septiembre de 1979, *l.c.*

Todas esas víctimas, hermanos, no solo son del temporal, sino que lo triste es que es una situación que delata nuestra manera pobre de vivir. Me dio verdadero horror la descripción que hace el periódico al describir la casita que se hundió: “Paredes sencillas, de improvisado bahareque, techo de láminas viejas. Estaba ubicada como a diez metros de distancia del paredón que da a la planicie de la entrada de la Policía de Hacienda y —dice— en esas zonas pasa la vía férrea y en las hondonadas que no se utilizan para el mercado se han ubicado cerca de mil familias. Las construcciones empiezan frente a la Policía, etcétera”¹³. O sea, que una vivienda como esa no merece el nombre de vivienda. Y así viven miles y miles. De modo que la carta de Santiago apóstol tiene una actualidad espantosa entre nosotros.

La violencia entre nosotros ha crecido esta semana por motivos políticos. He de lamentar, sinceramente, el asesinato del profesor José Javier Romero, hermano del señor presidente. Me solidarizo con los comentarios de *YSAX* que han condenado el crimen¹⁴.

Y acerca de las declaraciones hechas por el señor presidente, también, yo quisiera que se tomaran en cuenta estas palabras. Recordó que en los crímenes políticos anteriores, las víctimas han sido o bien funcionarios del Gobierno o bien hombres de empresa; “pero ahora —dijo— han buscado tocar a mi propia familia en abierta provocación, como queriéndome obligar a que reaccione para luego justificar sus actos. Pero no lograrán su objetivo”¹⁵. Es una expresión magnánima y ojalá que no sigamos esta carrera violenta de venganzas estúpidas cuando la víctima es una persona inocente.

También, campesinos del Bloque Popular Revolucionario causaron daños en la hacienda Talcualuya, Opico, administrada por el ISTA. Hirieron al administrador, Raúl Valencia, quemaron equipos y muebles. Yo me acordaba en este momento de una grabación que me mandó el padre Astor Ruiz, de Estelí,

¹³ “Ocho personas perecen en derrumbes por temporal”, *El Diario de Hoy*, 5 de septiembre de 1979.

¹⁴ *Cfr. El Salvador: entre el terror y la esperanza. Los sucesos de 1979 y su impacto en el drama salvadoreño de los años siguientes*, UCA Ediotas, San Salvador, 1982, pp. 468-470.

¹⁵ “Asesinato es abierta provocación, dice Romero”, *El Diario de Hoy*, 8 de septiembre de 1979.

donde está trabajando, en Nicaragua. Dice que está instalado en la sacristía de una iglesia, porque aquello quedó desolado, y que un colegio lo destruyeron ciertos guerrilleros, pero que el movimiento de liberación sancionó esa actitud loca de esos muchachos; porque la liberación de Nicaragua no llevaba el signo de la anarquía, del crimen. Si hubo, ciertamente, excesos —en toda guerra los hay—, los obispos señalaron esos excesos. Y hubo más bien una reivindicación inteligente, unida. Yo creo que, en esto, nuestra reivindicación nacional está muy torcida, porque no es quemando haciendas, quemando buses, haciendo estas cosas como vamos a construir. Estoy recordando que Cristo, la liberación que trajo, no era destruyendo, sino rehaciendo.

También lamentamos el asesinato del profesor Miguel Ángel Flores, en Santa Tecla; el asesinato de tres policías en la carretera a San Marcos, donde quemaron también un radiopatrulla. Se atribuye a las FPL este asesinato de los policías. En San Miguel, ametrallaron a seis estudiantes y se teme el recrudecimiento en estos días.

Yo quisiera hacer un llamamiento. Yo sé que me escuchan. No es por sembrar opio, sino por sembrar paz que yo les digo a unos y otros: “¡Cordura! No es destruyendo, sino rehaciendo —como Cristo nos dice— que vamos a hacer la patria. Es tomándose momentos serenos de reflexión. No es el vértigo de la lucha y de la guerra, el que nos haga irracionales, sino que seamos, teniendo en cuenta el espíritu verdadero del pueblo salvadoreño, el que ansía, como el desierto, la independencia verdadera, pero no por caminos de sangre y de violencia, sino por caminos de racionalidad”*.

Así se expresan los representantes de la industria del transporte, asociación cooperativa que me visitó para pedirme la colaboración: “Durante los últimos meses hemos sido víctimas de grupos o de personas que se han dedicado a la tarea de quemar nuestras unidades de servicio de pasajeros, lo cual consideramos no tener ni arte ni parte de la situación en que atraviesa el país. Tal vez, por la única razón de que personas mal intencionadas o mal informadas se han dado a la tarea de manifestar que nuestra empresa es del expresidente de la república, coronel Arturo Armando Molina; por lo tanto, le suplicamos haga un llamado a la opinión pública que las puertas de nuestra asociación cooperativa están abiertas para demostrar la realidad de nuestra em-

Mc 6, 17-29

presa y que la opinión antes vertida es equívoca”¹⁶. Es el diálogo, antes de la violencia. Por eso les digo: ojalá tuvieran tiempo de reflexionar, siquiera unos minutos, antes de prenderle fuego a un bus. Unos minutos de reflexión antes de disparar el gatillo de la metralleta. Unos momentos de reflexión antes de dar la orden sangrienta de Herodes: “Ve a matarlo”. ¡Si hasta Herodes sintió vergüenza de dar la orden! Y si hubiera reflexionado un poco, no hubieran decapitado a Juan Bautista. Pero la pasión libidinosa por una bailarina impúdica muchas veces ciega la razón de los hombres. El orgullo de la organización, el orgullo de no doblar la cabeza lleva a una humillación más tremenda: llevar las manos manchadas de homicidio.

Por eso, también, quiero... A la agrupación también de transportes que reclama “a las autoridades eclesiásticas —me fijo en ese detalle no más— que se pronuncien” y que les extraña “el silencio”¹⁷, les digo: “Perdonen, desde mayo estoy diciendo que no es lícito quemar buses. La Iglesia ha proclamado en esto su palabra y la mantiene, y ahora la estoy ratificando”. Y sí estoy de acuerdo con ese pronunciamiento de los buseros: de que haya diálogo entre las agrupaciones, que los toman como precio de las reivindicaciones, y los empresarios, que inocentemente sufren pérdidas para ellos, para sus trabajadores, para sus familiares. ¡El diálogo! ¡Hablen! No actúen en la clandestinidad. Si lo que se busca honradamente hay que decirlo con la cara descubierta, no a escondidas. Hay que platicar. Y entre todos coincidimos en una cosa: en buscar la solución de los problemas del país. Nadie se opone, más que aquellos que injustamente quieren mantener un orden; y a los cuales también los llamamos: que ese orden injusto, esa violencia institucionalizada tiene que cambiar también, para no dar causa a tantas otras violencias que se provocan con esta situación.

Nuevos reclamos de desaparecidos. Ya lo hemos dicho varias veces; sin embargo, nos aflige la perseverancia de estas madres,

¹⁶ Carta de la Asociación Cooperativa de la Industria del Transporte (ACIT de RL), *Cfr. Manuscritos de los esquemas de las homilias de monseñor Óscar A. Romero*, Oficina de la causa de canonización de monseñor Óscar A. Romero, Arzobispado de San Salvador.

¹⁷ Llamamiento de la Asociación de Empresarios de Autobuses Salvadoreños (AEAS) a los responsables de la quema de buses, *El Diario de Hoy*, 7 de septiembre de 1979.

esposas, hijos que llegan al arzobispado. ¡Hagamos algo! No se ha sabido nada de Carlos Antonio Mendoza Valencia, estudiante de los últimos años de medicina, cumple ya setenta y dos días de captura y no se encuentra; su señora quedó embarazada y espera, pues, que su papá conozca a su tierno. Miguel Ángel Terezón Ramos, también, ya lleva cincuenta y dos días de desaparecido. Santos Ortiz Asencio, capturado el 26 de julio. Luis Alfredo Amaya, desde el 17 de mayo, allá en Usulután. Son cartas para mí muy dolorosas o visitas, cuando yo siento también, con ellos, la incapacidad de poder hacer algo por ellos. Pero aquellos que lo pueden hacer, aquellos que saben donde están idíganlo, por favor, y saquen de angustia a tanta gente!

Ya fue liberado, gracias a Dios, el señor Rafael Nieto Álvarez, secuestrado durante ochenta y cuatro días¹⁸.

En cuanto a los conflictos laborales, yo tengo dos aspectos breves que decir. Y es el primero la urgencia de una legislación adecuada. Ya hace mucho tiempo que estamos clamando, junto con los obreros y sindicatos, la necesidad de una revisión. Pero no de una revisión que venga impuesta de arriba a abajo¹⁹. Una revisión que tenga en cuenta las voces que sienten al vivo el problema: los sindicatos, los obreros. Esta es la reforma que hay que hacer en diálogo de intereses mutuos de empresarios y de obreros y de la autoridad. Que se dé más participación, pues, al obrero, si no la situación laboral que hoy tenemos tan conflictiva, tan explosiva: rehenes en fábricas, en empresas, intranquilidades de familias, de empresarios. Todo esto sigue siendo la violencia del día porque no existen canales legales de una expresión adecuada de los intereses laborales. Quiero decirle a los obreros, también, que cuiden —como Cristo llamando aparte a la reflexión—, que no se dejen manipular por intereses ajenos a sus reivindicaciones laborales; y sean también ecuanímenes en sus reclamos, teniendo en cuenta el conjunto social y no solamente su situación personal. Otros casos particulares, pues, mejor los podrán leer en *Orientación*²⁰.

¹⁸ Carlos Rafael Nieto Álvarez fue secuestrado por el ERP el 14 de junio de 1979 y liberado el 7 de septiembre del mismo año.

¹⁹ Cfr. Reformas al Código de Trabajo, Ministerio de Trabajo y Previsión Social, *El Diario de Hoy*, 4 de septiembre de 1979.

²⁰ Cfr. "Solidaridad", *Orientación*, 9 de septiembre de 1979.

Yo quiero, finalmente, fijarme en dos declaraciones, que como les decía antes, aunque no vengan de la Iglesia ni de la fe cristiana, son las voces del desierto, donde el Espíritu clama vida. Y yo quisiera que las atendieran también.

Por ejemplo, el pronunciamiento de FENAPES, Federación Nacional de Pequeña Empresa, cuando insiste: “Las huelgas y tomas de fábricas, propiedades, iglesias, por un lado; los secuestros y asesinatos de maestros, estudiantes, sacerdotes, etcétera; la fuga de capitales y las actitudes beligerantes de algunas publicaciones, lejos de contribuir a la comprensión y a la calma, propician y animan un estado de psicosis colectiva totalmente dañino para el logro de los objetivos que anhela la población”²¹. También, muy de acuerdo en esa atención a la clase media, que en El Salvador, como en cualquier país, son fuerzas de salvación. No las destruyamos ni las despreciemos, sino sepamos revitalizarlas y que ellas se revitalicen con criterios cristianos para ser, verdaderamente, la clase providencial en la situación del país. También “cree necesario recordar a la ciudadanía en general que para el logro de la paz social es necesario el concurso de todos los salvadoreños, incluso los que actúan como meros espectadores pasivos. Las asociaciones profesionales y de gremio deben pronunciarse y aportar ideas, alternativas de solución, razonamientos que concurran a una salida legal de pacificación y democratización de la salvadoreñidad”²². Muy de acuerdo. Siempre hemos estado diciendo que en esta hora nadie tiene que ser pasivo y que el que más recibió tiene que dar más. El profesional, los gremios de profesionales, que no vivan solo para sí, para sus ventajas, para su familia, que den lo que han recibido para el bien común de la patria.

Y el otro pronunciamiento es del Centro de Estudios Jurídicos, el cual, de manera especial, denuncia lo irrisorio que la Suprema Corte de Justicia ha hecho al recurso del *hábeas corpus*²³. Algunos no saben qué es el *hábeas corpus*. Es aquella petición que una familia hace cuando le han capturado a un ser querido,

²¹ “FENAPES se pronuncia contra actual situación de violencia”, *El Diario de Hoy*, 7 de septiembre de 1979.

²² *Ibid.*

²³ *Cfr.* El Centro de Estudios Jurídicos y el *hábeas corpus* (28 de agosto de 1979), *La Prensa Gráfica*, 3 de septiembre de 1979.

algún familiar, él presenta una denuncia con testigos: que fulano de tal, en tal parte, a tal hora, fue capturado por tales y tales, y lo llevaron preso; y pide exhibición personal. Eso es lo que se llama *hábeas corpus*. Pues esto, infinidad de documentos han presentado a la Corte Suprema de Justicia y yo creo que la Corte Suprema de Justicia tiene una gran responsabilidad en la situación de nuestro país por la flojera, por la irresponsabilidad, por la complicidad con que está tratando todos estos asuntos tan graves que lesionan la misma Constitución del país*. Porque el *hábeas corpus* es una institución amparada por la Constitución. No atenderla, y lo que es peor, prostituirla, combinándola con operativos de carácter militar es un horror, un horroroso pecado contra la Constitución*.

Esta es la Iglesia y este es el panorama en que la Iglesia desarrolla su misión. Ojalá, queridos hermanos, que todos nos comprometamos en esta eucaristía de este domingo, junto al Cristo liberador, que lo que interesa es, como a Cristo le interesa, venir en persona a salvarnos; pero a salvar el hombre, todo entero, en su dimensión trascendente y en su dimensión histórica. Y que su método de salvar no es negativo, sino muy positivo; no destruye, sino que rehace. Hoy, precisamente, es lo que vamos a hacer. En el altar, el sacrificio eucarístico nos da la presencia de Cristo muerto y resucitado. Allí comenzó la historia de la restauración. Todo hombre, por más pecador y traidor que haya sido, cuando se incorpora a esta muerte y a esta resurrección, ya se hace un elemento útil para la patria. Ojalá atendieran este llamamiento quienes hasta ahora no han hecho más que sembrar sangre, desolación, muerte, dolor, crimen. ¡Ya es tiempo de que se conviertan y vivan! La Iglesia los ama demasiado, Dios los ama demasiado para estar tranquilo de que sigan caminando por esos caminos de sangre y de violencia!

La patria, madre querida, que espera de sus hijos el restañamiento de todas sus heridas, no quiere que la abofeteemos más, que la hiramos más, sino que desde nuestra situación, aun de traidores, le digamos, como San Pablo convertido: “No soy digno de llamarme tu hijo; pero si me llamas y me convierto, puedo reparar con una vida patriótica, con una contribución positiva al bien común, a rehacer los enormes estragos que ha hecho entre nosotros esta situación irracional y violenta”. Señor Jesucristo, somos el sordomudo, pero miramos tu gesto que nos

eleva hacia el cielo y sentimos que tus manos divinas tocan
nuestros miembros ateridos de horror, de tremenda miseria.
¡Sálvanos, Señor, que perecemos!”*.

Mt 8, 25